

Utopía y antiperonismo: Guillermo Enrique Hudson como emblema en el pensamiento de
Ezequiel Martínez Estrada

Eva Lencina
José Agustín Conde De Boeck
Facultad de Filosofía y Letras – UNT – CIN
evalencina@live.com.ar
josecondeboeck@hotmail.com

Introducción

En 1951, Ezequiel Martínez Estrada publica *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson*, un ensayo acerca del escritor a quien consideraba el mejor poeta de las letras argentinas. El año de edición de esta obra de Martínez Estrada resulta significativo: coincidiendo con la primera presidencia de Juan Domingo Perón (1946-1952), la obra puede leerse como una utopía antiperonista, sintomática de toda una generación intelectual identificada con la repulsa al peronismo, como lo fueron particularmente los autores nucleados en torno la revista *Sur* (Borges, Mallea, Bioy Casares, Sabato y Victoria Ocampo).

En su obra más conocida, *Allá lejos y hace tiempo* (1918, publicado originalmente en inglés como *Far Away and Long Ago*), G.E. Hudson narra su infancia y juventud como hijo de inmigrantes norteamericanos en la pampa argentina de mediados del siglo XIX. La experiencia vital y la dinámica social descritas por Hudson constituyen para Martínez Estrada un ejemplo perfecto del ideal sarmientino del habitante de las pampas, opuesto al gaucho típico de la tiranía de Rosas.

En su ensayo, Martínez Estrada estudia la biografía y la obra de Hudson, y denomina al universo que allí se construye como “mundo maravilloso”, calificativo con que lo erige en emblema de una utopía social que el autor, por un lado, propone como integración de la dicotomía sarmientina de civilización y barbarie, y, por otro, postula como mensaje filosófico perentorio para enfrentar los efectos del peronismo. En el pensamiento de Martínez Estrada, la dicotomía sarmientina es neutralizada a tal punto

que su sentido último se ve invertido: mientras que Sarmiento se mantiene optimista con respecto al futuro nacional, viendo que la barbarie puede ser remediada mediante medidas gubernamentales civilizatorias (educación, erradicación de territorios indios, incentivo de la inmigración europea, etc.), Martínez Estrada considera esa batalla, ya librada y perdida, como una muestra atávica de América: la civilización opresiva y alineadora de la ciudad frente a la barbarie caudillista y violenta de la campaña. De la mano del peronismo populista de la década del cuarenta, Martínez Estrada ve la unificación de estos dos impulsos destructores, donde el salvaje caudillo federal del siglo XIX reencarna en una forma local de los fascismos tecnocráticos europeos. De este modo, Hudson vendría a constituir para Martínez Estrada un emblema nostálgico y pesimista de lo que pudo ser “otra” Argentina, una utopía de un paraíso en cuya condición de “perdido” estriba la enseñanza fundamental del ensayista argentino.

En el presente trabajo analizaremos el papel que G.E. Hudson cumple en la obra de E. Martínez Estrada, especialmente en su ensayo *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson* (1951), como figura social utópica y emblema del antiperonismo del autor. Utilizaremos como base teórica algunos de los conceptos planteados por Juan José Sebrelli en su libro *Martínez Estrada. Una rebelión inútil* (1960) y por Emir Rodríguez Monegal en su balance generacional titulado *El juicio a los parricidas* (1956).

1. Pesimismo y utopía: el peronismo como enfermedad en Martínez Estrada

Ezequiel Martínez Estrada nació en San José de la Esquina, un pueblo de la provincia de Santa Fe, en 1895. Hijo de inmigrantes españoles, llegó muy joven a Buenos Aires y, por su situación económica, no pudo cursar estudios superiores. Comenzó a trabajar a los veinte años en el Correo Central, puesto que mantendría durante treinta años, hasta su jubilación en 1945.

Su primera etapa creativa es enteramente poética (seis poemarios y una obra teatral en verso), alineada con la estética modernista de Darío y Lugones, su mecenas literario. Martínez Estrada llamaría a este período su “adolescencia intelectual”, que culmina a fines de la década del treinta para dar paso al ensayista. Alentado por su amigo Horacio Quiroga y por la situación política del país durante la Década Infame, Martínez

Estrada publica en 1933 *Radiografía de la pampa*, ensayo de interpretación de la realidad nacional a partir del espacio pampeano y texto que configurará de allí en más la matriz ensayística de su pensamiento filosófico. Obras como *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, *La cabeza de Goliath*, *Los invariantes históricos en el Facundo* e incluso *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson* deben leerse como ramificaciones sistemáticas de un programa expuesto en su obra germinal.

Durante el peronismo (1946-1955) Martínez Estrada se ve privado de su trabajo docente en La Plata. Por aquellos años atraviesa una grave enfermedad psicosomática que lo mantiene postrado durante cinco años (neurodermatitis), recuperándose precisamente luego de la Revolución Libertadora. Este episodio y su coincidencia temporal con el peronismo, llegaría a mitificarse en la biografía del autor, quien luego afirmaría “Estábamos enfermos el país y yo”.

Intelectualmente, los años del peronismo constituyen un silenciamiento político para Martínez Estrada, quien publica sólo ensayos sobre literatura argentina, donde el tema del peronismo no tiene un tratamiento explícito. A partir de 1956 comienza la publicación de sus virulentos ensayos antiperonistas, a los que denominó “catilinarias” y recopiló en *¿Qué es esto?* (1956) y *Cuadrante del pampero* (1956). En esta última el autor incluye una carta de apoyo a Aramburu.

Influenciado por Nietzsche y Spengler, Martínez Estrada desarrolla una concepción de la historia basada en el eterno retorno, según la cual los acontecimientos históricos se suceden en ciclos centrados alrededor de un mismo invariante histórico, transfigurado en distintas épocas pero siempre inmutable. Siguiendo esta idea es que Martínez Estrada considera a Perón, en su caudillismo, como un trasunto de Rosas e Yrigoyen; en la carta a Aramburu dice:

Para terminar debo señalar a V.E. que nuestra batalla de ahora es la batalla de antes; la batalla que nos ha desunido, debilitado, empobrecido, engañado. Es la batalla de Moreno y los hacendados contra Álzaga y los comerciantes; la de los criollos contra los godos; la de Rivadavia y la enfiteusis contra Roca y los latifundistas porteños; la de los federales contra los unitarios; la de la “barbarie” contra la “civilización”; la de Facundo contra los embajadores extranjeros; la de los “abajeros” contra los “arribeños”; la de Tejedor contra Avellaneda; la de Puerto Belgrano contra Puerto Madero; la de Martín Fierro contra la policía. (1956:101)

Martínez Estrada resulta una figura de polémica interpretación en la historia de las ideas argentinas, principalmente por aunar en su carácter dos tendencias que suelen considerarse contradictorias: el ferviente antiperonismo (a menudo identificado con opiniones conservadoras o reaccionarias) y su inicial apoyo a la Revolución Cubana, que lo llevaría incluso a radicarse en Cuba durante dos años y producir una amplia obra de interpretación sobre José Martí. Como Leopoldo Marechal, otro inclasificable de las letras argentinas por su atípica conjunción de peronismo y catolicismo, Martínez Estrada dio forma a un pensamiento político del cual la crítica ha oscilado entre denunciar su aparente contradicción ideológica o bien interpretarlo como una expresión coherente, cuya complejidad resulta más profunda que la tendencia al binarismo maniqueo dominante en la tradición intelectual argentina.

2. Martínez Estrada y el antiperonismo “mágico”

En su balance crítico del pensamiento estradiano, Juan José Sebreli (1960) desmonta los núcleos reaccionarios fundamentales que han permitido que las preocupaciones del filósofo sirvan como apoyo ideológico a los intereses de la oligarquía nacional. En el caso particular del antiperonismo, Sebreli señala la concepción mítica del tiempo histórico utilizada por Martínez Estrada (tomada del eterno retorno nietzscheano y de la filosofía de la historia de Spengler) como base para una concepción mágica del fenómeno social del peronismo: Argentina estaría condenada desde sus orígenes por un trauma, una escena primaria que se repite una y otra vez, transformada en apariencia, pero estructuralmente idéntica. El pecado original del español que mata al indio y toma a la india, y el resultado culposo de esa unión, el mestizo, han generado una suerte de maldición sagrada que retorna cíclicamente como “una deuda sin pagar” (Martínez Estrada, 1946, 89). Como en la ley del karma, los argentinos seguirán pagando por los pecados de sus antepasados. No resulta extraño hablar, como lo hacen tanto Ivanissevich Machado (1955) como Pedro Orgambide (1997), del puritanismo de Martínez Estrada si se compara esta obsesión con las culpas pasadas y su retorno mágico en el presente con la idéntica obsesión del escritor norteamericano Nathaniel Hawthorne, quien siempre alimentó la idea de un pecado original (los juicios de Salem del siglo XVII) cuya deuda se

extendería hasta la actualidad y cuyo horror estaría oculto bajo las apariencias de progreso y armonía presentes.

De este modo, para Martínez Estrada Perón es la reencarnación cíclica del caudillismo representado por Rosas y por Yrigoyen. El peronismo vendría a repetir las antiguas y oscuras fuerzas del caudillismo demoníaco y de la pampa primitiva. En el relato "Sábado de gloria" (1956), el autor narra kafkianamente los acontecimientos de un golpe militar análogo al de la llamada Revolución del 43, que derrocó a Ramón Castillo, y de otro golpe que emularía el del 17 de octubre de 1945 (hoy conocido como "Día de la Lealtad", cuando una gran movilización proletaria pidió por la liberación de Perón, confinado en la isla Martín García), y esto lo hace reproduciendo en las descripciones su pensamiento sobre la reencarnación histórica: los militares atan sus caballos a las rejas de la Pirámide de Mayo como lo hicieran antes los caudillos Estanislao López y Francisco Ramírez, los obreros (con las patas en la fuente) pidiendo por el retorno de Perón serían equivalentes a las montoneras federales, y para ello Martínez Estrada compone un entramado de citas y alusiones constituido por textos históricos de Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López, con lo cual busca acentuar el carácter cíclico con que emerge la barbarie en nuestro país, así como la importancia fundamental del pasado para explicar el presente. Puede notarse el peso de esta remisión reaccionaria al eterno retorno histórico en cómo este mismo procedimiento es utilizado por Borges y Bioy Casares en *La fiesta del monstruo* (1947), donde el asesinato de un estudiante judío a manos de unos muchachos peronistas viene a repetir el asesinato del unitario por parte de los carniceros federales en *El matadero* de Echeverría, así como una idéntica escena descrita en el poema "La refalosa" de Ascasubi. Sólo que donde Martínez Estrada homologa hechos históricos en su relato, Borges y Bioy homologan símbolos ficcionales. Aún así, en ambos casos puede señalarse la recurrencia del procedimiento semiológico de la reiteración transformada.

A la concepción supersticiosa y mítico-mágica del tiempo histórico estradiano, Sebrelli opone el racionalismo de una perspectiva dialéctica hegeliano-marxista, donde la historia es siempre cambio y devenir, donde nada vuelve de manera idéntica, donde toda similitud entre pasado y presente es superflua, pues "los hombres y las cosas existen en el

tiempo y la existencia misma está en perpetuo cambio, en movimiento continuo, en transformación permanente” (1960, 46-47). Para Martínez Estrada, el tiempo no fluye, ninguna culpa es superada, sino que retorna en ciclo. Sebreli, tomando la noción hegeliana de *Aufhebung* (“superación”), según la cual la historia avanza y progresa hasta las manifestaciones más elevadas de la idea, dejando atrás y superando las contradicciones, afirma: “Martínez Estrada negó al progreso, pero la objetividad del progreso es cruel y a su vez lo niega a Martínez Estrada” (47).

3. Retrato del antiperonista sincero: Martínez Estrada en la lectura de *Contorno*

Si bien la generación de *Contorno*, promotora de un nacionalismo a medio camino entre el peronismo y el antiperonismo (cfr. Rodríguez Monegal, 1956, 28; Mangone y Warley, 1981; Barreras, 2012; Prieto, 2006, 286¹), procuró neutralizar ideológicamente los efectos “abstractos” y “artificiales” del pensamiento de Eduardo Mallea – representante de cierta literatura optimista y esencialista sobre el “ser nacional” –, justipreció como un modelo, aunque de forma “parcial” y ambigua (cfr. Viñas, Ismael, 1954; Rodríguez Monegal, 1956, 15-28), el pesimismo antiperonista de Martínez Estrada. En el número 4 de *Contorno*, dedicado en su totalidad al autor de *Radiografía de la pampa*, Ismael Viñas plantea este balance con las siguientes palabras:

Martínez Estrada es para nosotros, ante todo, un tema de meditación. [...] Martínez Estrada representa el momento en que se empieza a dejar de ver a la Argentina como una alegoría de futuro optimista y fácil. El sentimiento de la *grandeza nacional*, sufre una quiebra [...]. (1954, 16)

Los contornistas, en su afán de construir una alternativa a la hegemonía cultural de Mallea, colocaron a Roberto Arlt (en la novela) y a Martínez Estrada (en el ensayo) como figuras centrales del sistema literario argentino. Si el interés de los intelectuales de *Contorno* por el peronismo, especialmente desde el '55, fue de carácter “negativo” (más que peronistas, eran enemigos ideológicos de los antiperonistas), no asociaron el

1 Salvo el denominado “pseudo-peronismo” (Barreras, 2012) del trío de Sebreli, Masotta y Correas, el resto de los contornistas se dividían entre la ideología radical de los Viñas y cierto americanismo abstracto de Kusch, Solero y Murena (estos últimos serían quizás los seguidores más claros de Martínez Estrada). En todo caso, siempre que *Contorno* criticó el antiperonismo, lo hizo principalmente en oposición a los intelectuales de *Sur* y, muy particularmente, a partir de la división de las aguas producida en el '55, tras la caída de Perón. En todo caso, el nacionalismo de izquierda de *Contorno* pasó a identificarse, en un primer momento, con una continuidad de las reformas peronistas encarnadas en el programa político que auguraba el frondizismo; tras la frustración de este proyecto, los contornistas se abrieron hacia una percepción de lo político más amplia, representada fundamentalmente por la Revolución Cubana.

antiperonismo de Martínez Estrada, al menos en principio, con el antiperonismo oligarca esgrimido por *Sur*. Y es que para muchos de los intelectuales de lo que Rodríguez Monegal llama “nueva generación” (agrupada fundamentalmente en las revistas *Contorno*, *Ciudad y Centro*), Martínez Estrada estaba más cerca del modelo del intelectual comprometido sartreano que del “antiperonismo colonialista” y de la falsa “buena conciencia” con que Masotta define la ideología de *Sur* (1956). Justamente, en el número de homenaje a Martínez Estrada, Ismael Viñas afirmaba:

Con sus aciertos y errores, con su obstinada vocación de denunciante, de opositor, [Martínez Estrada] ha sido para muchos de nosotros el revelador, quien nos ha dicho que nuestro mundo en torno no es la égloga feliz que se declaraba. (1954)

En el mismo número de *Contorno*, David Viñas concede a Martínez Estrada, junto a Roberto Arlt, el atributo de la sinceridad intelectual frente al conformismo imperante, “en la medida en que hablaron de lo intransferible, de lo necesario, del gran problema de todos” (1954). Si en la década del treinta Bernardo Canal Feijóo (1937, 63-77), desde la revista *Sur*, condenaba el pesimismo de *Radiografía de la pampa*, para oponerle en cambio el voluntarismo de *Historia de una pasión argentina* de Mallea, será justamente este mismo pesimismo el que los intelectuales de la generación contornista percibirán como un magisterio fundacional. Como dice Gino Molayoli:

En efecto, [en *Contorno*] se valora la honestidad brutal de Martínez Estrada en no “dibujar” una Argentina feliz, sino una Argentina cruda y dolorosa, aunque se le critique el pesimismo inconducente de su obra. (2010, 6)

A su vez, Martín Prieto señala cómo en la “negatividad” de *Radiografía de la pampa*, opuesta al optimismo de Scalabrini Ortiz y Mallea, radica precisamente el “valor contradictorio del ensayo”:

Porque si, por un lado, lo acerca a las visiones ahistóricas, esencialistas y teleologizantes de los viajeros Frank, Keyserling y Ortega y Gasset; por el otro, esa visión desencantada y pesimista parece estar sopesando el presente político e histórico del país de un modo que se les escapaba a sus contemporáneos. (2006, 295)

En su fundamental balance del heterogéneo “parricidio” que los nuevos intelectuales de *Contorno* cometen contra los padres de la generación anterior (Martínez Estrada, Mallea, Borges), Rodríguez Monegal ya señalaba que, aunque la fuerte herencia estradiana tenga en los contornistas una “pregnancia con reservas”, *Radiografía de la pampa* sólo encontró a sus verdaderos lectores en esta joven generación, y no en el

contexto original de su primera edición de 1933 (1956, 16). Como afirma Rodríguez Monegal, explicando la posición de David Viñas, “Martínez Estrada, con su profunda denuncia, pasa inadvertido en la juerga general” de los martinfierristas, “una generación de traviesos muchachos [...] unos señoritos que jugaban a la revolución literaria y a la conmoción estética del ambiente” (1956, 27)².

Ahora bien, si en el caso de Murena, la continuidad con el programa de Martínez Estrada es explícita – objetando sólo la “ajenidad” generacional a la que lo condena su pesimismo intelectualista (1954) -, Ismael Viñas (quien, valga aclarar, percibe en Murena a un seguidor superficial del maestro) ahonda más minuciosamente en sus desacuerdos, criticando la subjetividad del método y el individualismo de la perspectiva como una incapacidad del autor de *La cabeza de Goliat*. Quizás esta ambigüedad de aceptación y negación hacia Martínez Estrada por parte de los jóvenes de *Contorno* tuvo una de sus concientizaciones más claras en la división que Rodolfo Kusch (1954) establece entre lo superficial en Martínez Estrada, aquello que debe desecharse (la ansiedad europeizante, el esencialismo, la falacia civilizatoria desde la que realiza la denuncia), y lo profundo, aquel nudo real al que apunta su pensamiento (la originariedad irracional de la barbarie, propia de lo americano).

Ajenos al contexto a la denuncia apocalíptica y quietista que en Martínez Estrada dejaba adivinar el influjo de Spengler - hastío estetizante que, para Kusch y Viñas, es herencia del malestar cultural europeo -, los contornistas, simpatizantes con la vertiente marxista del existencialismo francés, aprecian del “padre” el vigor de la denuncia y la fuerza de la retórica, pero condenan su incapacidad para formar parte activa de una realidad que no puede más que mirar desde arriba, desde una suerte de “pureza” intelectual y moral (cfr. Raquel Weinbaum, 1954³). Ya Ludovico Ivanishevich Machado decía, en el número 1 de *Ciudad*, que, para la joven generación, Martínez Estrada representa “el caso único, entre nosotros, de una figura a la que no nos adherimos sin

2 Juan José Sebreli, en *Martínez Estrada. Una rebelión inútil* (1960), se hace eco de esta interpretación contornista del fenómeno martinfierrista que aparece en Viñas (1956) y Masotta (1956): “La ‘revolución’ puramente negativa, destructiva, anárquica, suicida del martinfierrismo, no es en verdad una revolución sino una fiesta, es decir, un movimiento puramente gratuito, no productivo, consumidor” (1960, 18).

3 Raquel Weinbaum es un seudónimo utilizado por David Viñas en *Contorno*.

reservas, por los exagerados bríos de su pureza” (1955, 23). La crítica a la autoconstrucción de Martínez Estrada como “elegido puro” o de “profesionalismo profético”, como diría Ismael Viñas (1954) es uno de los tópicos fundamentales de la posición contornista hacia los “padres” de la generación anterior. La “pureza” y el “profetismo” han quedado como un obstáculo fundamental en la futura recepción de Martínez Estrada y en su consecuente envejecimiento generacional, que, acaso inmerecidamente, compartió con Mallea y Murena. Y es que si los contornistas se declaraban parciales sucesores de un “gesto” estradiano, o más bien de su autenticidad, no dudaron en ningún momento en denunciar su falta de rigor epistemológico⁴ y su exageración al percibir la identidad social en términos de esencias (lo nacional, lo americano), y en este aspecto, sin lugar a dudas, los jóvenes parricidas colocaron a Martínez Estrada en una misma línea con Mallea y con Murena.

Como hemos visto, la generación contornista comprendió que el modo en que cierta tradición filosófica germánica - que va de Nietzsche y Simmel a Spengler y Heidegger - quedó asociada con las experiencias del fascismo europeo coadyuvó, a su vez, al envejecimiento de la retórica y del fatalismo telúrico de Martínez Estrada (así como al de Murena). Radiografía de la pampa fue un texto cuyo balance funciona sólo para la idiosincrasia intelectual europea del período de entreguerras, pero en Argentina quedó grande a la frivolidad conformista de los años treinta, y para cuando pudo ser comprendida, durante los años cincuenta, quedó chica a la complejización sociológica e ideológica representada por la nueva generación. La recuperación de Martínez Estrada por parte de Murena fue pronto neutralizada por los contornistas pues, podría pensarse que entre 1933 y 1955 los contextos de crisis política y social eran equivalentes, pero, como afirma Sebrelí, “el tiempo no ha pasado en vano” (1960, 21). Y será precisamente en *Martínez Estrada. Una rebelión inútil* (1960) que Juan José Sebrelí cerrará el ciclo de relectura y crítica de Martínez Estrada inaugurado por Murena a fines de los años cuarenta y continuado por los intelectuales de *Contorno* en los cincuenta (entre quienes se contaba el propio Sebrelí). Escrito posteriormente al derrocamiento de Perón, Sebrelí

4 Recordemos la fuerte impronta sociológica y académica de *Contorno* frente al autodidactismo de los mayores representantes de *Sur*: Borges, Bianco, Mallea, Martínez Estrada, Bioy Casares y las Ocampo.

enuncia su balance generacional del pensamiento estradiano desde un contexto diferente al de los textos anteriores de Murena, Kusch y los Viñas: el anti-peronismo esgrimido por Martínez Estrada en las que llamara sus catilinarias (el volumen de crítica política titulado *¿Qué es esto?*), coincidente con la Revolución Libertadora, tiene ahora connotaciones diferentes. A partir del '55, la polarización ideológica entre el anti-peronismo conservador y el peronismo adoptado por la intelectualidad progresista recrudescen su estatuto dicotómico hasta el extremo. Sectores de la progresía que durante el gobierno de Perón se habían mantenido neutrales, tras las implicancias del golpe de estado de 1955 acceden a una comprensión más amplia del fenómeno peronista. Una nota colectiva de *Contorno* publicada en julio de 1956, se titula, precisamente, "Peronismo... ¿y lo otro?". Aquí la posición es palmaria: la evidencia de quiénes son los que ganan con la caída de Perón, obliga al intelectual de izquierda a descubrir a quiénes pierden con ello. Pese al carácter reaccionario y de evidente genealogía con la idiosincrasia política fascista, el peronismo implicó el "surgimiento de una conciencia de los oprimidos". Frente al verdadero reaccionarismo del gobierno provisional Aramburu y a las conspiraciones palaciegas de los militares, los contornistas se ven obligados a declarar que, antes del '55, "el conjunto de la realidad nos pasaba tan inadvertido que casi todos pudimos creer que el diablo, como en un cuento de Payró, andaba por estos lugares" (1956). Es natural, entonces que, frente al activo anti-peronismo de Martínez Estrada después del '55, la rendición de cuentas que propone Sebrelí tiene una implicancia ideológica más perentoria e inaplazable que las operadas durante la época de *Contorno*, todavía en pleno gobierno de Perón.

Por lo pronto, Sebrelí afina algunos juicios ejercidos sobre Martínez Estrada en los años anteriores. Por un lado, aquel elemento superficial e inevitablemente envejecido que Kusch adjudicaba al europeísmo de *Radiografía de la pampa*, ese reflejo de una "decadencia de Occidente" que se venía a calcar de una crisis social foránea, Sebrelí afirma que corresponde también a una realidad inmanente a la Argentina de los años treinta:

La influencia exterior de este pensamiento europeo [el sinsentido de la historia, la inutilidad de toda intervención ideológica] se ejerce a través de las condiciones internas y en la medida en que éstas están preparadas para asimilarlo. El irracionalismo de Martínez Estrada no es solamente el producto del desarrollo del

pensamiento filosófico europeo, sino ante todo la respuesta de un intelectual argentino, perteneciente a la pequeña burguesía, aterrorizado por la crisis económica, decepcionado y escéptico ante el fracaso de la primera experiencia histórica de su propia clase [el irigoyenismo] y sintiendo amenazada cotidianamente su seguridad moral y material. (1960, 21)

Para Sebrelli, el problema de Martínez Estrada no estriba meramente en su pesimismo, sino en las condiciones sociales que lo habilitan y en las direcciones que toma: la decadencia denunciada por Martínez Estrada existe, sin embargo, la abstracción con que la adjudica a un atavismo esencial de la tierra borra y sublima las causas reales e incluso invisibiliza los alcances específicos: una decadencia que no abarcaría la totalidad del ser nacional, sino, particularmente, la de la burguesía de origen del escritor. Ahora bien, el hecho de que, como señala Sebrelli, esta decadencia de la burguesía en los años treinta, convertida en fatalismo por Martínez Estrada (y también por Arlt), coincida con la decadencia de la oligarquía ganadera (20), sólo estimula a que, ya en los años cincuenta, el antiperonismo encuentre de su lado tanto a Martínez Estrada como a la oligarquía: ambos, desde diferentes lugares, ansiosos por atribuir a la decadencia de su clase los alcances de una crisis total del hombre y del ser nacional; y en, el caso de Martínez Estrada, lamentablemente proporcionando herramientas ideológicas a una clase social, la oligarquía ganadera, que configura la real causa de la crisis de la burguesía (pensemos en el apoyo de las clases altas en 1930 para derrocar la experiencia del irigoyenismo). Es por ello que, para Sebrelli, la grandeza a Martínez Estrada queda reducida a un efecto encapsulado, carente de identificación y contacto con la realidad histórica y social, anulado por su propia ceguera frente a la densidad profunda de una crisis que no renuncia a percibir como total y que, por lo tanto, resulta abstracta.

En una operación de genealogía, Sebrelli señala cuáles son y de dónde vienen los núcleos reaccionarios del pensamiento de Martínez Estrada: una concepción fatalista de la naturaleza (inaugurada por la etnología colonialista, por el pensamiento de Spengler y fuertemente cristalizada en cierta filosofía simplista y conservadora acerca del fenómeno americano), una perspectiva quietista y etnológica de la historia y una visión mítica que desestima el progreso y erige un culto al eterno retorno nietzscheano. En lugar de historia de los cambios, etnología de lo invariable; en lugar de filosofía, pensamiento mítico; y en

lugar de sociología, una pseudo psicología social que determina una cosmovisión única que rige toda la conducta social como un destino.

Retomando en parte los argumentos de la primera crítica racionalista de Canal Feijóo a *Radiografía* (cfr. 1960, 31) – “no existe tal realidad ‘fatídica’; en ninguna parte ha existido jamás; creer en ella es rendir tributo a un bastante pueril geomorfismo espiritual” – Sebrelí afirma que, aunque Martínez Estrada sea quizás uno de los mejores prosistas de la lengua española (26), el diagnóstico de su pensamiento - un pensamiento donde los oscuros poderes de la tierra determinan e inutilizan la voluntad del hombre – no sólo es definitivamente falso, sino que encubre involuntariamente las reales causas materiales del malestar cultural del país:

La enfermedad de nuestra pampa que su radiólogo no ha sabido mostrar es el latifundismo y el monocultivo. No hay un conflicto metafísico entre el hombre y la tierra, sino entre el carácter social de la producción y el carácter privado de las ganancias. (33-34)

Cabe mencionar cómo, desde una perspectiva coetánea aunque separada del contornismo (la perspectiva de un exacerbado nacionalismo peronista de matices reaccionarios), Jorge Abelardo Ramos (1954) critica tanto en Borges y en Martínez Estrada una voluntad constante de degradación de lo nacional, denuncia que es enlazada especialmente a la evidente anglofilia literaria de ambos autores. En el caso particular de Martínez Estrada, Ramos reprocha una oscura finalidad de “colonialismo espiritual” ante la vehemente reivindicación que el ensayista propone de Hudson y de los viajeros ingleses del siglo XIX.

4. Marta Riquelme o el fantasma de Hudson en un texto estradiano

La escasa obra narrativa de Martínez Estrada, compuesta de sólo cinco breves colecciones de cuentos publicadas en vida y de clara inspiración kafkiana, es a menudo ignorada por la crítica, más ocupada en el análisis de su prolífica y por demás reputada obra ensayística acerca de la realidad nacional argentina. Nuestro análisis alcanzará también un breve abordaje de su obra literaria. Se trata de “Marta Riquelme”, un relato del cual el escritor argentino Ricardo Piglia llegó a decir “es uno de los mejores cuentos que he leído” (en Costa, 2006). También Alfredo Rubione consideraría este cuento como

el mejor dentro de la narrativa estradiana, calificándolo como un “laberíntico juego de textos en los que la ambigüedad construye una metáfora del país” (1981:520)

Los veinte cuentos de Martínez Estrada fueron escritos entre 1943 y 1957, ni antes ni después, es decir, durante los años fuertes del peronismo. Todos ellos tematizan el acoso y el desamparo del hombre medio ante la invasión de las masas.

La dupla conformada por esta narración de Martínez Estrada y una homónima de Hudson es una de las relaciones intertextuales más atípica e intrincada de la historia de la literatura argentina, principalmente debido a los ocultamientos operados por el texto estradiano: Martínez Estrada construye significados muy distintos a los de Hudson y esconde la influencia de este último en una trama de acontecimientos oscuros y ambiguos, como veremos más adelante.

De lo que explicaremos ulteriormente, se desprende que el hecho de que Martínez Estrada nombre su relato como el de Hudson no es exactamente un homenaje al autor anglo-argentino que tanto admiraba, pues en ese caso debería constituir un acto socialmente reconocible para la recepción, no la construcción de un esquivo relato en el que las alusiones a Hudson se encuentran siempre veladas, escondidas por nueva materia narrativa. Al analizar esta relación intertextual, veremos que es justamente la elección del título el núcleo perturbador del texto estradiano, el interrogante que insiste en permanecer irresoluto.

En un artículo sobre el tema, Ángel Vilanova se pregunta extensamente por las razones que pudo haber tenido Martínez Estrada para reproducir el título de Hudson y, aunque sus indagaciones no lleguen a conclusiones definitivas, sí deja asentado el ineludible carácter ambiguo y connotativo de la elección estradiana:

Es verdad que no siempre ni necesariamente el título de un texto se refiere a su contenido, y este podría ser el caso en cuestión, pero no resulta menos evidente que “Marta Riquelme” es un título eminentemente connotativo, ambiguo respecto del contenido y abierto a la interpretación, lo que se potencia por el hecho de que en el texto de Martínez Estrada es inocultable la presencia de otro o del mismo Hudson (no sólo “Marta Riquelme”, sino también “El Ombú”, con su carga de fatalismo inexorable, tal como el mismo Martínez Estrada lo reconoce en *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson*). (Vilanova, 1996:78)

Un análisis detallado merece la intrincada relación transtextual que puede establecerse entre dos relatos homónimos de los autores que nos ocupan. “Marta

Riquelme” de Hudson fue publicado originalmente en inglés como parte de la colección *El Ombú*, de 1902. En este relato, el padre de Sepúlveda narra la historia de Marta Riquelme, una joven sufrida del pueblo de Yavi (Jujuy) y cómo llegó a metamorfosearse en un *kakué* (cacuy), reintegrando luego la fábula a la cosmovisión cristiana, que interpreta las creencias originarias como inspiraciones demoníacas. Por otro lado, tenemos la versión estradiana de Marta Riquelme, con el mismo título y publicada en 1956 conjuntamente con otro relato, “Examen sin conciencia” (aunque otras versiones sugieren una publicación temprana de “Marta Riquelme”, en 1949 o 1951, la cual coincidiría con el ensayo sobre Hudson. Cfr. Sasturain, 2010 y Romano Sued, 2006). La narración de Martínez Estrada no posee, a primera vista, una relación directa con su antecesora. El tema es, en este caso, un prólogo, escrito por el mismo Martínez Estrada, a las *Memorias de Marta Riquelme*, joven misteriosa y desaparecida de un pueblo de la provincia de Buenos Aires. Sin embargo, el relato se disuelve narrativamente en la ambigüedad del texto que pretende introducir, pues el manuscrito de Marta Riquelme, prácticamente indecifrible, demandó tres años de arduo trabajo que acaban de extraviarse en la imprenta y el texto sólo puede ser reproducido gracias a la prodigiosa memoria del prologuista. Las memorias de Marta se contradicen, cada episodio es terreno de múltiples interpretaciones. El texto de Martínez Estrada rompe con el continuum narrativo clásico y cuestiona las condiciones de verosimilitud de la labor literaria.

Antes de abordar las similitudes que pueden trazarse entre ambos relatos, cabe aclarar que es el mismo Martínez Estrada quien sutilmente deja establecida la intertextualidad con el texto de Hudson. Además del hecho de que conocemos la afición de Martínez Estrada por el naturalista, la pauta está dada no sólo por el título, sino también por ciertas referencias dentro de la narración. En primer lugar, el cuento comienza con una alusión velada cuando el narrador presenta la obra de Marta Riquelme y dice: “el nombre me era conocido y hasta familiar, no recuerdo por qué lecturas” (1964:31). Más adelante se menciona también que la editorial encargada de publicar las memorias se llama “Tierra Purpúrea”, al igual que la primera novela de Hudson, publicada en 1885.

Si bien los relatos de Hudson y Martínez Estrada cuentan con tramas distintas, a partir de las referencias dejadas por este último en su relato, podemos trazar una serie de paralelismos que ayudarán a desentrañar el núcleo significativo de esta presencia hudsoniana en el texto del autor argentino.

En primer lugar, las protagonistas de ambos relatos tienen en común, además de su nombre, su condición de mujeres que atraviesan situaciones de sufrimiento o sometimiento: la desgracia es el centro de la vida de la Marta de Hudson, mientras que la de Martínez Estrada, por moralmente ambiguas que puedan resultar sus memorias, se ve envuelta en intrigas familiares, situaciones incestuosas y finalmente debe abandonar su propio hogar. Por otro lado, estructuralmente ambos cuentos coinciden en presentar un narrador testigo (el padre de Sepúlveda y el trasunto literario de Martínez Estrada) cuya historia es también importante para el desarrollo del relato y que narra la historia de Marta a través de una hipodígesis o relato enmarcado. Con respecto al entorno de cada relato, cabría resaltar que la condición de siniestralidad que el padre de Sepúlveda le adjudica al Yavi, dada por lo inhóspito del pueblo y lo huraño de sus habitantes, es comparable con “el encono y la aversión” (49) que se respiran en La Magnolia, casa familiar de la segunda Marta Riquelme, donde habitan numerosas familias, supuestamente relacionadas entre sí pero en constante enemistad. La desaparición final de ambas protagonistas es el paralelismo que termina de unir las tramas: mientras que los sufrimientos de la primera Marta la convierten presuntamente en un cacuy, que se aleja volando, la segunda Marta decide abandonar La Magnolia y huir de su influencia negativa para buscar a su amado tío Antonio.

Existe un paralelismo que puede establecerse entre la Marta Riquelme estradiana y otro relato de Hudson. En el primero, la casa familiar fue construida alrededor de un magnolio y Marta la describe de la siguiente manera:

[La casa] es el lugar donde todos vivimos pero de donde no podemos salir. Yo atribuyo a la personalidad tan poderosa del árbol el hecho de que estemos arraigados también nosotros y es tan absurdo que alguno pueda separarse para constituir otro hogar o probar fortuna lejos, como si una rama del magnolio se desprendiera y fuera a arraigar en otro pueblo, por sí misma. (1964:49)

Como mencionamos anteriormente, resulta fácil al lector familiarizado con la obra de Hudson el recordar algún árbol emblemático de su obra y del paisaje argentino. La

colección en que Hudson publicara su “Marta Riquelme” toma el título de su relato probablemente más conocido, “El Ombú”, en el cual este árbol tiene también un influjo sobre el destino y la mente de las personas:

Dicen que la casa ande cai la sombra’ e el ombú, padece desgracias, y que, por último, cai en ruina; y en esa casa, que ya no existe, daba la sombra’ e el ombú a la caída’ e la tarde toitos los días de verano. También dicen que los que se sientan mucho a su sombra, se güelven locos. (1945:10)

En este sentido, coincidimos con Solari (2005:97; también Vilanova, 1996:77) en considerar que el magnolio que crece en el centro de la casa de la Marta Riquelme estradiana es un trasunto del ombú hudsoniano, específicamente por la aparente capacidad de influir negativamente en las personas que ambos árboles detentan. En este caso, el campo de referencias de Martínez Estrada se nutriría de otro cuento de Hudson.

Si nos valemos de la teoría genettiana de la transtextualidad, podemos concluir la exposición de las referencias y paralelismos considerando que el texto hudsoniano se constituye tanto en un intertexto del estradiano como en su hipotexto. Es decir, la relación de intertextualidad se establece desde el mismo título del cuento y a través de las alusiones a su relato antecesor, declarando veladamente la presencia de Hudson en el cuento de Martínez Estrada. Por otro lado y gracias al análisis de los paralelismos, queda clara que el texto de Martínez Estrada opera una transformación sobre el de Hudson, lo constituye en su necesario antecesor ya que “Marta Riquelme” de Hudson estructura el texto estradiano en un sentido profundo, pues éste depende del otro en aspectos orgánicos de su constitución.

Con respecto al antiperonismo que atraviesa el pensamiento y la obra de Martínez Estrada y que toma a Hudson como emblema, pocas referencias encontramos en “Marta Riquelme”. Sin embargo, cabe resaltar la identificación que Solari establece entre La Magnolia y el conventillo inmigratorio:

No es casual que Martínez Estrada haya elegido cambiar de árbol [...]. La magnolia (sic.) es un árbol de origen exótico, llegó a las pampas del extranjero, del mismo modo que la familia de la Marta de MRME. Es que Martínez Estrada está haciendo referencia clara a la etapa posinmigratoria. La casa de su cuento, que va ampliándose a medida que pasan los años, detallada cuidadosamente por el autor, no es otra que un conventillo argentino, vivienda propia de los inmigrantes que sólo muy tardíamente tuvieron posibilidades de acceder a la casa propia. (2005:98)

Aceptando entonces que Martínez Estrada disfraza un conventillo en su cuento, los sucesos acontecidos en La Magnolia connotan un sentido segundo: el suicidio de Margarita, hermana de Marta, la sádica narración que ésta hace de la muerte de don Indalecio, la relación abusiva e incestuosa entre Marta y su tío Antonio, la indiscreción y enemistad que constituyen la pauta de convivencia en La Magnolia, todos estos factores ahora pueden ser atribuidos al modo de vida de los inmigrantes a principios del siglo XX. Bajo esta lectura, "Marta Riquelme" de Martínez Estrada puede colocarse a la par de otro cuento del autor, "Sábado de gloria", sátira sobre los "cabecitas negras", y estos dos⁵, a su vez, en el sistema de narraciones antiperonistas del período: "La fiesta del monstruo" de Borges y Bioy Casares, "Las puertas del cielo" y "Casa tomada" de Cortázar,

Si Hudson usa al pueblo de Yavi para representar el atraso civilizatorio y una barbarie antigua que se resiste al cristianismo, Martínez Estrada, en su reemplazo del pueblo por La Magnolia y sus habitantes, elabora un gesto político contra la inmigración masiva del interior a la ciudad propiciada por el peronismo, contra el tipo de sociedad delineada y propuesta por el régimen.

5. Una utopía desencantada: Hudson como emblema de una Argentina moral

Durante los años de peronismo (1946-1955), Martínez Estrada practicó una suerte de auto-silenciamiento político, también alimentado por su larga enfermedad, luego de la cual brotarían sus virulentas opiniones antiperonistas, a partir de 1956. La primera etapa de su producción ensayística sobre la realidad nacional culmina en 1940 con *La cabeza de Goliat*, luego de lo cual publicará sólo narrativa, poesía y ensayos de interpretación literaria sobre Sarmiento, José Hernández y Hudson, y también filosóficos, sobre Nietzsche. Martínez Estrada elaboró durante esos años un pensamiento antiperonista que no podría ver la luz hasta la Revolución Libertadora; sin embargo, en la esfera pública se encargó de desarrollar el polo opuesto de su crítica ideológica: aquel dedicado a ciertos autores emblemáticos de la cultura argentina que para el autor representan una cosmovisión contraria a la actitud destructiva que caracterizaba su crítica a la actualidad

5 Y no sólo estos dos sino la completa producción cuentística de Martínez Estrada (compuesta por veinte relatos escritos entre 1943 y 1957, coincidiendo aproximadamente con el período peronista). No es casual, de este modo, que sus narraciones estén siempre centradas en la opresión del individuo frente a la invasión de las masas.

nacional. Su carácter pesimista de su filosofía nos impide denominar “constructiva” a esta faceta de su obra, pues Martínez Estrada no considera que con el pensamiento de Sarmiento, Hernández o Hudson pueda construirse un país mejor. Cabe más bien llamarla faceta “utópica”, pues falta en ella una propuesta social concreta (opuesta al peronismo) y contempla la fatalidad de pertenecer al pasado, incapaz de actualizarse. Luego de 1955 y de la exposición vehemente de su crítica al peronismo, Martínez Estrada retomaría su faceta utópica por medio de su breve adhesión a la Revolución Cubana y del estudio de la figura de José Martí, donde finalmente cree encontrar las bases para una utopía proyectada hacia el futuro y representada por un referente ideológico concreto.

Para Martínez Estrada, Hudson, con quien comparte más de una coincidencia biográfica, configura el ideal del equilibrio justo entre saber y vivir. Comparándolo en esto a Rousseau, Goethe, Thoreau y Tolstói, percibe en Hudson una genuina integración entre civilización y barbarie, dicotomía que Martínez Estrada denuncia por falsa y artificial (especialmente en su análisis de Sarmiento). A partir de la interpretación del pensamiento hudsoniano (nunca explicitado como una doctrina, sino expresado como una visión del mundo en sus ficciones), Martínez Estrada establece un sistema de oposiciones del cual Hudson funcionaría como agente integrador: saber y vivir, inteligencia e instinto, civilización y barbarie, aparecen ya no como polos inconciliables, sino como elementos cuya integración es esencial para la realización del hombre:

En Hudson no hallamos una línea unilateral de descarga para las fuerzas de la vida y para las fuerzas de la razón. Todo quiere saberlo, no porque alguien le enseñara que saber es explicar, sino porque su amor o mejor dicho su Eros le obliga a penetrar, como Dante, en el sentido incógnito de las cosas. Mas esa penetración no la hace él empujado por el afán de saber sino por el ansia de vivir. (285)

Precisamente aquello que Martínez Estrada critica en Sarmiento (1946, 47), a saber el privilegio de la acción política por sobre la reflexión pasiva, es lo que en Hudson percibe como ya equilibrado: el saber no es desplazado por la vitalidad, sino que ésta impulsa la voluntad de saber. Ese elogio de la pureza que da forma a la utopía estradiana (pureza que nunca puede “mancharse” por la acción política) no sólo permitirá al ensayista oponer la figura de Alberdi, “intelectual puro” (1946, id.), a la de Sarmiento, sino que también será la base para toda una serie de emblemas positivos con los cuales construye las contrafiguras de los arquetipos negativos de la cultura nacional (su clásica tríada

caudillista compuesta por Rosas, Yrigoyen y Perón). Así, los emblemas positivos serán la encarnación de ciertos espacios utópicos: Hudson, el pensador puro de una Argentina rural y arcádica, habitante de un “mundo maravilloso” que no deja de ser un paraíso perdido; Quiroga, el intelectual que renuncia al monstruo de la gran ciudad y hace de la selva su hogar; y Martí, el héroe pasado de la Cuba futura, profeta de una moderna isla de Utopía. La integración entre saber y vivir (particularmente ligada a un encuentro con la naturaleza y a un rechazo de la técnica) será para Martínez Estrada la nota definitoria de una pureza intelectual, que a pesar de representar una armonía entre civilización y barbarie, no deja de estar teñido de los atributos de un cierto primitivismo idealizado:

Todos esos autores [Goethe, Thoreau, Tolstói y Munthe], inclusive Hudson, son esencial, orgánicamente intelectuales. Pero ocurre que son mucho más intelectuales que los pensadores especializados, porque sus inteligencias más amplias y con menores restricciones, se aplican a temas más cercanos a la naturaleza y que por lo tanto ejercen sobre ellas el atractivo de lo que flota en el seno de lo incognoscible. [...]

En presencia del espectáculo del mundo, que es el mismo aún, y con otra concepción más pura e inteligente de la vida, renegaron de esas cristalizaciones del saber como adulterado y sofisticado, envilecido y cruel. (286, 290)

El propio Martínez Estrada percibe el carácter utópico del mensaje hudsoniano al señalar su anacronismo y el hecho de que surge “cuando ya parece que no haya posibilidad de salvación” (290). Aún así, esta aparente imposibilidad de influencia activa no impide que el ensayista afirme que es en lo anacrónico del mensaje de Hudson, en la inutilidad que comporta para el hombre contemporáneo, “a quien dominan los demonios irracionales del saber tecnológico” (id.), donde radica precisamente su valor y la razón por la cual debemos admirarlo. Es en su pureza como emblema y no en su operatividad ideológica donde radica el bien que la cosmovisión de Hudson puede producir en la actualidad. Tampoco se trata de una mera reflexión contemplativa sobre un paraíso perdido, cuya idealización nostálgica Sebrelli (1960, 61-71) denunciara como una forma romántica y abstracta de anarquismo burgués, funcional al pensamiento colonialista y simplificadora del fenómeno de la técnica. En todo caso, puede decirse que Martínez Estrada aspira a la instauración de una idea que para el hombre contemporáneo sería casi impensable. Quizás no es tan importante el hecho de que este régimen de pensabilidad participe de estructuras reaccionarias y antiestatistas, sino cómo busca mostrar el valor de

un mensaje más allá de sus posibilidades inmediatas de aplicación. Para los críticos de *Contorno*, inspirados en las nociones sartreanas de “compromiso intelectual” y de “mala fe”, las utopías estradianas no pasarán de ser artificios románticos, abstracciones ingenuas idealizadas por un profeta energúmeno, pero esta crítica no percibe que acaso se encuentra ya contemplada en el pensamiento de Martínez Estrada, y que el terreno de operación de sus utopías es el del pensamiento, no como un aplazamiento de la acción política, sino como la propedéutica que puede posibilitarla.

Bibliografía:

AROCENA, Felipe (1997) “Martínez Estrada, en la frontera de la civilización” en *Revista Relaciones*, N°154. Montevideo, Marzo. Sitio web:

<http://www.chasque.net/frontpage/relacion/anteriores/9703/martes.htm>

BARRERAS, Luciano (2012) “*Contorno* en los orígenes” en *No-Retornable*, 12. Abril. [sitio Web: <http://www.no-retornable.com.ar/v12/teatro/barreras.html>]

BORGES, Jorge Luis. "Una efusión de Ezequiel Martínez Estrada" en *Sur*, no. 242, (Buenos Aires, sept.-oct. 1959), págs. 52-53.

----- "Radiografía de la Pampa por Ezequiel Martínez Estrada" en *Crítica* (Buenos Aires, 16 de septiembre de 1933). [Reseña].

CANAL FEIJÓO, Bernardo (1937) “Radiografías fatídicas” en *Sur*, 37. Octubre. pp.63-77.

COSTA, Ivana (2006) “La ilusión de la escritura perpetua” (entrevista a Ricardo Piglia) en *Revista Eñe*, Clarín, 18/11/06. Sitio web: <http://www.elortiba.org/piglia1.html>

FERNÁNDEZ MORENO, César. "Argentina frente a Martínez Estrada." *Mundo Nuevo*, 2 (París, ag. 1966), págs. 31-42.

----- "Después del diluvio". En *La realidad y los papeles. Panorama y muestra de la poesía argentina contemporánea*. Madrid: Editorial Aguilar, 1967.

----- "Martínez Estrada frente a la Argentina." *Mundo Nuevo*, 1 (París, jul. 1966), págs. 37-47.

FERRO, Hellén (2005) *La rebelión de los poetas jóvenes (1960-1980) y otras memorias*. Buenos Aires: Margus.

HUDSON, Guillermo Enrique (1945) *El Ombú y otros cuentos rioplatenses*. Buenos Aires: Espasa Calpe.

----- (1958) *Allá lejos y hace tiempo*. Buenos Aires: Ediciones Peuser.

----- (2007) *Días de ocio en la Patagonia*. Buenos Aires: Continente-Pax

IVANISSEVICH MACHADO, Ludovico (1955) “El puritanismo en Martínez Estrada” en *Ciudad*, 1. Buenos Aires. pp.20-23.

KUSCH, Rodolfo (1954) “Lo superficial y lo profundo en Martínez Estrada” en *Contorno*, 4. Buenos Aires. Diciembre.

MANGONE, Carlos / Warley, Jorge (1981) "Prólogo" a *Contorno. Selección*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel (1942) *Radiografía de la Pampa*. Buenos Aires: Losada.

----- (1946) *Sarmiento*. Buenos Aires: Argos.

----- (1956) *Cuadrante del pampero*. Buenos Aires: Deucalión.

----- (1964) *La inundación y otros cuentos*. Buenos Aires: Eudeba.

----- (1967) *Para una revisión de las letras argentinas*. Buenos Aires: Losada.

----- (2001) *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson*. Rosario: Beatriz Viterbo.

----- (2005) *Muerte y transfiguración de Martín Fierro. Ensayo de interpretación de la vida argentina*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo Editora.

MASOTTA, Oscar (1956) "Sur o el antiperonismo colonialista" en *Contorno*, 7/8. Buenos Aires: Julio. [incluido en *Conciencia y estructura*. Buenos Aires: Corregidor, 1990. Pp.103-105]

MOLAYOLI, Gino (2010) "La revista *Contorno* y el peronismo: un lenguaje nuevo para la crítica" en *Revista Borradores*, Vols. X/XI, años 2009/2010. Universidad Nacional de Río Cuarto. [sitio Web: <http://www.unrc.edu.ar/publicar/borradores/Borradores.htm>]

MURENA, H.A. (1954) *El pecado original de América*. Buenos Aires: Sur.

ORGAMBIDE, Pedro (1997) *Un puritano en el burdel. Ezequiel Martínez Estrada o el sueño de una Argentina moral*. Rosario: Ameghino.

RAMOS, Jorge Abelardo (1954) *Crisis y resurrección de la literatura argentina*. Buenos Aires: Indoamérica.

RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir (1956) *El juicio de los parricidas. La nueva generación argentina y sus maestros*. Buenos Aires: Deucalión.

ROMANO SUED, Susana (2006) "Marta Riquelme de Martínez Estrada: genealogías, linajes e intertextos. Memoria, crítica y hospitalidad" en *Revista de la Biblioteca Nacional (Argentina)*. Número especial, *La crítica literaria en la Argentina*, 4-5: 244-258.

ROSMAN, Silvia (2001) "Prólogo" a *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson*. Rosario: Beatriz Viterbo.

RUBIONE, Alfredo V.E. (1981) "Ezequiel Martínez Estrada" en *Capítulo* N°84. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina. pp. 505-528.

SARLO, Beatriz (1981) "Los dos ojos de *Contorno*" en *Punto de vista*, 13.

SASTURAIN, Juan (2010) "Riquelme en la literatura argentina" en *Página/12*, 26/06/2010 [http://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-150158.html]

SCHIAVI, Marcos (2009) "Contorno y el peronismo" en *Afuera. Estudios de crítica cultural*, 7.

SEBRELI, Juan José (1960) *Martínez Estrada. Una rebelión inútil*. Buenos Aires: Palestra.

SOLARI, Herminia (2005) "Hudson, Martínez Estrada y las Marta Riquelme" en *Anales de la Universidad Metropolitana*, Vol. 5, N°2 (Nueva Serie). pp.91-103.

SOLERO, Francisco J. (1953) "Preguntar por lo que somos", prólogo a Kusch, Rodolfo, *La seducción de la barbarie*. Buenos Aires: Raigal.

----- (1954) "Primera aproximación a Martínez Estrada" en *Contorno*, 4. Buenos Aires. Diciembre.

VILANOVA, Ángel (1996) "'Marta Riquelme', de Ezequiel Martínez Estrada, desde una perspectiva transtextual" en *Voz y Escritura* (Mérida), N°6-7 (enero). pp.72-80.

VIÑAS, David (1954) "La historia excluida: ubicación de Martínez Estrada" en *Contorno*, 4. Buenos Aires. Diciembre.

----- (1996) *Martínez Estrada, de Radiografía de la Pampa hacia el caribe*. Edición crítica: Leo Pollmann. Ediciones Unesco. Colección Archivos. ALLCA XX.

VIÑAS, Ismael (1954) "Reflexión sobre Martínez Estrada" en *Contorno*, 4. Buenos Aires. Diciembre.

WEINBAUM, Raquel [pseud. de David Viñas] (1954) "Los ojos de Martínez Estrada" en *Contorno*, 4. Buenos Aires. Diciembre.